

## LIBROS

### Sociedades secretas, socialistas y románticos

La aparición en las librerías españolas, con pocos meses de intervalo entre uno y otro, de cuatro libros de las investigadoras norteamericanas Iris Zavala y Clara Lida, ha supuesto, indudablemente, una aportación singular a la historiografía española del siglo XIX. Y decimos singular, porque el tipo de análisis que practican ambas autoras remite a un modo de investigación (y presentación de la obra) relativamente nuevo para nuestra producción histórica, un poco a mitad de camino entre el rigor analítico de Vicente Llorens, maestro de ambas, y el brillante ensayo histórico de Stanley G. Payne. La proximidad entre Zavala y Lida no sólo se manifiesta, por lo demás, en la investigación conjunta, sino en la complementariedad de los temas, e incluso en la publicación a través de la misma editorial: tres de los cuatro volúmenes, *Masones, comuneros y carbonarios* y *Románticos y socialistas*, de Zavala, y *Anarquismo y revolución en la España del siglo XIX*, de Lida, han sido editadas por Siglo XXI. Sólo razones de espacio nos obligan, pues, a desdoblarse estas crítica y a reseñar en primer término las dos obras citadas de Iris Zavala.

En «Masones, comuneros y carbonarios», Iris Zavala resume el resultado de varios períodos de trabajo en bibliotecas y archivos españoles sobre el papel de las

sociedades secretas en la primera mitad de nuestro 800; tema difícil, tanto por la carga ideológica con que ha venido abordándose en las últimas décadas, como por la dispersión de las posibles fuentes. Reconociendo este obstáculo, Iris Zavala aspira a delimitar en su obra «la función de las sociedades secretas radicales como elemento aglutinante de las diversas corrientes políticas», su acción sobre una «masa revolucionaria» —de difícil encuadre, «especie de población flotante en la marejada política», impulsora de los cambios sociales y políticos.

El tema es importante, y es preciso reconocer que, a pesar de todo, el propósito inicial de la autora de «empezar a llenar el vacío» se cumple. La aportación procedente del Archivo de Palacio respondería por sí sola del avance que el libro representa.

El defecto de este libro de Iris Zavala, como el de sus restantes trabajos, no reside tanto en la nueva documentación utilizada (rasgo innegablemente positivo) como en la ausencia de límites en los cuadros interpretativos que apoyados en la misma se trazan. Las zonas oscuras que, salvo contadas excepciones, ofrece cualquier investigación, quedan así cubiertas por una falsa evidencia, asentada sobre peligrosas extrapolaciones realizadas desde fuentes indirectas, cuando no sobre una simple suposición. La deficiencia era observable ya en su sugestivo artículo sobre el novelista Ayguals de Izco, que en 1969 publicara *Revista de Occidente*; reaparece aquí en cuanto se trata de formular un juicio general. Resultan así unas alternativas de luz y sombra que dudamos esté el lector en condiciones de apreciar: los capítulos que transcriben la documentación inédita de palacio o el Archivo Histórico Nacional presentan gran interés, al suponer un avance real en

el conocimiento de las sociedades secretas; los que intentan poner en conexión éstas con la evolución histórica general, sea en el trienio o entre 1835 y 1850, no sólo son más endeble, sino que muestran sorprendentes errores.

Por ejemplo, el tema central de la relación entre sociedades secretas y movimiento obrero en la Barcelona de 1840. La hipótesis de trabajo de Zavala es asimismo inteligente, sólo que para contrastarla hubiera sido preciso efectuar una investigación en profundidad sobre archivos locales o, como mínimo, sobre la prensa catalana de la década. No basta con utilizar un folleto de Cabet o citar reiteradamente a Carrera Pujal. Falta el trabajo de análisis sobre las fuentes citadas. El periódico que marcaría la línea seguida por la autora, *El Republicano* (octubre-noviembre de 1842) se encuentra, si bien incompleto, en la Biblioteca de las Cortes y en las Hemerotecas Municipales de Madrid y Barcelona, y Zavala sólo lo cita, en francés, a través de Cabet; tampoco se encuentra rastro de una consulta sistemática de las publicaciones más representativas del período, como *El Corresponsal*, *El Eco del Comercio* o *El Constitucional*, por no mencionar los periódicos de los primeros socialistas utópicos, sobre quienes se suceden afirmaciones terminantes y, como era de esperar a la vista de tal alejamiento, también los errores. La lista sería larga: ni Ramón

de la Sagra era un cabetano catalán hacia 1842 (por el contrario, advertía desde *El Corresponsal* sobre el peligro de las asociaciones obreras), ni *El Sancho Gobernador* es un periódico de los años cuarenta, sino de 1836-37, ni *La Organización del Trabajo* apareció en 1847, ni en *La Fraternidad* pudo publicarse el voluminoso *Viaje por Icaria*, aunque esta última pueda ser una errata menor (como la referencia bibliográfica a «Coyuntura económica e ilustración», de Gonzalo Anes, para el estudio de las sociedades patrióticas...). La calificación de osado que recibe Campomanes y la de socialista que va para Ayguals de Izco son no menos discutibles. En cambio, son de primera importancia los datos sobre las sociedades secretas para la génesis del republicanismo barcelonés.

Los mismos defectos aparecen en un libro más reciente de la autora, *Románticos y socialistas*, y especialmente en el capítulo sobre periódicos y revistas románticos entre 1835 y 1865. Resulta difícil acumular en sólo dos páginas tal número de datos erróneos sobre la prensa del trienio 1840-1843. Para comenzar, Iris Zavala desconoce la distinción, que ya para ese momento resulta básica, entre prensa republicana y prensa progresista, e indistintamente llama a los periódicos «progresistas», «democráticos» y «exaltados». Tampoco toma nota del carácter marginal que en el momento represen-

taba el editor responsable, saco de golpes de la censura, al que sólo excepcionalmente cabe atribuir la dirección de un periódico (caso que, desde luego, no correspondía a A. García en *Guindilla*, de Ayguals de Izco). Pero no es sólo esto. Ni los moderados tomaron el poder en 1842, endureciendo el control de la prensa, ni puede atribuirse a Espronceda el papel principal en la redacción de *El Huracán*, de Patricio Olavarria, ni *Posdata* y *El Cangrejo* fueron, ni de lejos, publicaciones exaltadas o progresistas, sino moderadas desde el primer número hasta su desaparición. Tampoco *La Revolución* se publica entre 1840 y 1843, saliendo su primer número el 5 de mayo de 1840, sino que justamente es el 6 de mayo la fecha de su suspensión, siendo lógico que fuera del mismo calibre *El Huracán*, por ser su continuador. Y Ramón Nocedal tampoco pudo suspender *El Huracán* en 1841 (no 1842), sino su padre don Cándido. En fin, sobre la *Revista de los Intereses Materiales y Morales*, que Zavala dice no haber podido consultar por dificultades de localización, se encuentra en las principales bibliotecas de Madrid, y aun por duplicado: Nacional, Ateneo, Ministerio de Trabajo, Hemeroteca, Universidad, etcétera. El catálogo establecido por Iris Zavala dista así mucho de cumplir la función de guía útil que la autora aspira a conferirle. No menos conveniente sería aludir en un estudio sobre el periodismo a los cambios en la legislación de imprenta: podrían de esta manera explicarse fenómenos como la transformación de *El Huracán* en hoja volante o el eclipse de ciertas publicaciones en la «mediocre» década moderada.

La cara de la moneda de *Románticos y socialistas*, consiste, en cambio, en el capítulo «España en la prensa socialista francesa»,

aunque las precisiones ideológicas iniciales no alcancen excesiva concreción: ¿En qué datos de investigación se apoya Zavala para negar la existencia en España de un fourierismo puro? La lectura de los artículos de Joaquín Abreu, de 1835 a 1842, parece sugerir precisamente lo contrario. La aportación efectuada a los orígenes del cabetismo —convergente con la de Clara Lida en *Anarquismo y revolución*— a través de la lectura de *Le Populaire*, permite conocer la génesis del grupo cabetano, al menos con mayor riqueza de datos que la facilitada por la consulta de la prensa española. El relato conserva su interés con la recogida de datos sobre los cabetanos barceloneses hasta la década de 1850, descendiendo sólo el nivel al tratar del fourierismo en los mismos años. ¿Por qué no seguir *La Démocratie Pacifique*, fourierista, como antes *Le Populaire*? El deslinde de campos entre las influencias de Blanc y Fourier requiere un análisis algo más profundo, y el vacío de 1850 no se cubre con la reseña de dos números de *La Asociación*, y sobre las asociaciones obreras que arrancan de *El Amigo del Pueblo*, de Antonio Ignacio Cervera (*El Trabajador* que cita Iris Zavala es más tardío), el corto material presentado no autoriza más que un relato impresionista.

El apresuramiento ha jugado así, por dos veces, una mala pasada a lo que pudo ser una excelente investigación. Los libros comentados sugieren, además, otra advertencia: no es suficiente con recoger la novedad de los textos, es necesario analizarlos. Sólo así las imaginativas hipótesis de Iris Zavala —y empleo el epíteto positivamente—, que se suceden en sus ensayos pueden ser contrastadas y, a fin de cuentas, resultar fructíferas. ■ ANTONIO ELORZA.

